

PAISAJES INVISIBLES

Joan Nogué

Mientras España se ponía patas arriba; mientras los lugares perdían su memoria y su razón de ser, y los paisajes, su imaginario; mientras avanzaba sin parar la banalización y la trivialización de nuestro entorno sin que pareciera importarle a nadie, unos no veían o no querían ver nada, otros miraban hacia otro lado... y unos pocos percibían que algo pasaba, que un nuevo paisaje estaba emergiendo sin apenas darnos cuenta. Entre estos últimos estaba Jorge Yeregui, cuya mirada perspicaz y aguda ha recibido el merecido reconocimiento del Premio Internacional de Fotografía Contemporánea Pilar Citoler.

En efecto, las fotografías de Jorge Yeregui, ordenadas en diferentes series y propuestas estructuradas en forma de auténticos proyectos de investigación, reflejan perfectamente la transformación del espacio urbano, el vertiginoso crecimiento del parque inmobiliario, el derroche de un territorio que es un recurso escaso, diversos procesos de gentrificación (algunos de ellos, fracasados), así como el nacimiento de nuevas edificaciones en los márgenes de las carreteras que dan entrada (y salida) a lo que hasta hace pocos años habían sido núcleos urbanos compactos, con fronteras nítidas que delimitaban con claridad el espacio construido del no construido. El *autor* penetra también en otros registros, en otros temas, como los nuevos espacios naturales que *colonizan* la ciudad del siglo XXI, normalmente en forma de topografías vegetales (de *ecotopografías*), solo posibles mediante la aplicación de sofisticados procesos tecnológicos, como en la serie *Paisajes mínimos*, temática, por cierto, no muy habitual en la fotografía contemporánea. Conozco a pocos fotógrafos que se hayan dedicado tan a fondo al estudio de esos fragmentos de naturaleza pura artificializada, valga la contradicción.

No hay en este libro ninguna serie, ninguna fotografía que me deje impasible. Todas me despiertan emociones, me interrogan, me inquietan o suscitan mi curiosidad: la puerta tapiada de una vivienda en un casco urbano antiguo aún no gentrificado de una ciudad cualquiera, reflejo de la hecatombe inmobiliaria que se llevó por delante a miles de pequeños promotores que pretendían emular a pequeña escala a los grandes *holdings* empresariales del sector; un matorral que ha sido capaz de crecer y

sobrevivir en medio del asfalto en una carretera abandonada, imagen que me remite a algunas de las páginas más memorables de J. G. Ballard, en concreto a las de su novela *Low-Flying Aircraft*; los efímeros chiringuitos a pie de obra de las promociones inmobiliarias, que me trasladan inevitablemente a la última y excelente película de Mercedes Álvarez, *Mercado de futuros*, o las arquitecturas inacabadas propias del paisaje de la crisis y que también acaba de documentar Julia Schulz-Dornburg en *Ruinas modernas. Una topografía del lucro*, el segundo libro de la excelente colección “Palabra y Paisaje” de la editorial barcelonesa Àmbit. A través de estos y otros temas, Jorge Yeregui hurga la herida de lo que ha sido la transformación del territorio peninsular en estos últimos años. Sintetiza en imágenes la esencia de este proceso, de esta pérdida colectiva del sentido de lugar, lo que no es nada fácil. He ahí una habilidad similar (y no muy frecuente) a la de algunos genios del cómic y la viñeta, como El Roto, por ejemplo, capaces de transmitir en unos pocos trazos una profunda problemática social, y también territorial, en el caso concreto de El Roto.

No quiero entrar a detallar las causas que han llevado a esta dilapidación sin freno del territorio nacional y a la degradación de sus paisajes. Son de todos conocidas: débiles estructuras democráticas que han sucumbido con facilidad y avidez a la corrupción; un cierto desdén hacia el espacio público, fatal legado del franquismo; falta de cultura territorial de la mayoría de la clase política y de la población en general; dinero barato y excesiva facilidad para acceder al crédito incentivado por un sector financiero usurero e irresponsable; miopía de los gobernantes al no apostar en su momento por sectores económicos productivos y con alto valor añadido; déficit crónico de las corporaciones locales para ofrecer los equipamientos y los servicios que sus ciudadanos reclamaban; ingentes bolsas de dinero negro que salieron a flote con la entrada del euro y que se blanquearon con suma facilidad en el sector del ladrillo; perversa confusión entre el negocio inmobiliario y el negocio turístico; cultura del *nuevo rico*, etc., etc. Estas y otras causas nos han llevado al pozo sin fondo en el que ahora estamos metidos, y del que sin duda tardaremos en salir. Pero, insisto, no quiero profundizar ahora en ellas y sí, en cambio, reflexionar sobre el paisaje que nos ha caído encima como resultado de las mismas; en definitiva, sobre el paisaje después de la batalla: el que nos hemos encontrado al abrir los ojos a la realidad circundante después de haber salido de esta especie de amnesia colectiva en la que hemos estado inmersos durante demasiados años.

Que la tan manida crisis ha generado un nuevo paisaje es un hecho palmario. Existe un paisaje de la crisis, se mire por donde se mire. Los despojos urbanísticos y arquitectónicos se hallan por doquier, ya sea en forma de un palmeral de grúas petrificadas en la costa mediterránea o plasmados en decenas de urbanizaciones repartidas por

todas partes, con sus descampados y desiertos viales por los que nadie transita. Paisajes de la crisis lo son, también, todas aquellas promociones turísticas que se han quedado por el camino, como estaciones de esquí a medio construir (y no precisamente por efecto —aún— del cambio climático), por no hablar de aeropuertos fantasma situados en medio de la nada y repartidos por toda la geografía peninsular. Paisajes surrealistas en muchos sentidos, escalofriantes en otros; paisajes desolados y, en algún caso, cinematográficamente hablando, incluso apocalípticos. En algunas de estas urbanizaciones los primeros matorrales ya acechan y los desnudos pilares de hormigón armado, sometidos a las inclemencias de unos cuantos cálidos veranos y fríos inviernos, van pasando del gris claro original a un gris cada vez más oscuro, que nos recuerda el color del luto. Además, todas ellas ya forman parte de nuestro paisaje urbano cotidiano y empiezan a hacer mella en nuestra memoria, en nuestro imaginario colectivo. Quién sabe: quizá no esté tan lejos el primer parque arqueológico español de la obra incompleta, el primer museo al aire libre de la dejadez y el abandono.

Jorge Yeregui utiliza el término *pre-ruinas* para referirse a estas arquitecturas inacabadas y abandonadas que muestran sin pudor su estructura básica, su esqueleto, y que están a medio camino entre la escultura y la arquitectura. Sí, en efecto, son *pre-ruinas* en el sentido de que son edificaciones que no han tenido ocasión de ejercer la función para la que fueron diseñadas, puesto que nunca se culminaron. Se quedaron a medio construir, por lo que nunca llegarán a ser ruinas de algo, ya que ese *algo* no existió. Sin embargo, con el paso del tiempo y a medida que avanza sobre ellas una cierta renaturalización, por elemental que esta sea, adquieren también el aspecto de una ruina, aunque, sin lugar a dudas, siempre será una *ruina sin esplendor*. Las ruinas con mayúsculas, las ruinas con solera, fueron en su día construcciones que ejercieron su función durante años, durante siglos, y que, más tarde, se derrumbaron o se destruyeron, pero siempre conservando la esencia de lo que fueron. Además, su simple presencia legitima hoy una cultura al convertirse en una muestra palpable y evidente de sus remotos orígenes en el pasado. Devienen una muestra tangible de la pervivencia y solidez de dicha cultura en el presente, por lo que son vistas con respeto y admiración. Inmortalizadas por la historia de la pintura y, más recientemente, por la fotografía y la cinematografía contemporáneas, han entrado y ocupado en nuestro imaginario colectivo un lugar preferente. Estas son las ruinas *con esplendor*.

¡Qué lejos están de ellas los frágiles y efímeros cobertizos y almacenes a medio construir que aparecen en la serie *En el camino* de Jorge Yeregui! A ellos podrían añadirse miles de adosados que nunca se ocuparán, naves comerciales abandonadas, torres

del tendido eléctrico medio derruidas, piscinas que nunca se han llenado de agua, carreteras por las que nadie circula, trazados viarios urbanizados y desiertos... En definitiva, un sinfín de edificios, construcciones e infraestructuras que se han quedado sin función, que han perdido su razón de ser (de hecho, nunca llegaron a *ser* nada). Ruinas sin esplendor, artefactos sin alma, convidados de piedra en un territorio en el que están sin estar, ya casi invisibles, opacos, cada vez más alejados de nuestra mirada, que no resiste, que no soporta la estética de la desolación. Testigos mudos de un pasado demasiado reciente y de un presente fugaz. Las ruinas *con esplendor*, integradas de lleno en el orden espacial legitimado por el poder, nos transmiten sublimidad, nobleza y belleza con mayúsculas. Las ruinas aquí descritas, diáfana expresión del desorden espacial inherente al capitalismo salvaje, solo pueden aspirar a su pequeño instante de gloria en el preciso momento en el que nos detenemos a contemplarlas, a sentirlas. Es entonces cuando despiertan en nosotros, aunque sea en pequeñas dosis, nostalgia y melancolía. La melancolía del ocaso, la tristeza del abandono.

Lo grave de este proceso tan bien reflejado en las series de Jorge Yeregui no es solo la evidente hipertrofia de estas promociones urbanísticas, sino su localización, casi siempre alejada del núcleo urbano compacto, lo que está generando unos altísimos costes ambientales, de mantenimiento y de transporte, además de haber provocado el surgimiento de infinidad de espacios vacíos, desocupados, aparentemente libres; espacios sin ninguna función clara en el nuevo entramado territorial. Aparecen como tierras de nadie, territorios sin rumbo y sin personalidad, despojados como están de su carácter primigenio, de su razón de ser en un territorio que ha dejado de existir. Son espacios indeterminados, de límites imprecisos, de usos inciertos, expectantes, en ocasiones híbridos entre lo que han dejado de ser y lo que no se sabe si serán. Son *terrains vagues*, extraños lugares que parecen condenados a una especie de destierro, especialmente ahora, cuando es evidente que nada volverá a ser como antes y que, por lo tanto, las calculadas maniobras de especulación vinculadas a estos espacios intersticiales no se darán o, si se dan, no generarán las plusvalías esperadas.

¿Por qué solamente unos cuantos veían lo que estaba pasando? ¿Por qué aquella evidente pérdida de identidad de los lugares solo era percibida por unos pocos? Muchos, muchísimos, miraron para otro lado, como decía más arriba. Pero la inmensa mayoría, sencillamente, miraba, pero no veía nada. Sí, así de sencillo. Y eso por varias razones. En primer lugar, porque la mirada, como todo en esta vida, se educa, y nuestra sociedad no está lo suficientemente educada desde el punto de vista territorial, ambiental, paisajístico. Me viene ahora a la memoria aquella anécdota contada en más de una ocasión por el escritor uruguayo Eduardo Galeano: un padre promete

a su hijo, que nunca había visto el mar, que un día lo llevaría con él y se lo enseñaría. Finalmente llegó ese día y el niño, de pie en la playa, mudo, incapaz de articular una sola palabra durante unos minutos ante la inmensidad de lo que tenía delante de sus ojos, le pide al padre: “Papá, enséñame a mirar el mar”. La mirada se educa, en efecto. Por eso es tan importante aprender a contemplar el mundo que nos rodea, es decir, a mirar con atención, de manera más bien relajada, distendida, aunque no por ello menos atenta. Es entonces cuando nuestro cerebro va más allá de la percepción puramente visual y añade al acto de mirar componentes estéticos, intelectuales, emocionales, entre muchos otros. Es entonces cuando aprendemos, cuando somos conscientes del acto de mirar. De ahí la enorme relevancia de contar con un sistema educativo que sea capaz de incentivar la observación, la contemplación, es decir, de cultivar la mirada.

Hay también otra razón que explica esa sorprendente miopía colectiva, y tiene que ver con el hecho de que el paisaje, en el fondo, es una construcción social. La idea que tenemos del paisaje refleja una determinada forma de organizar y experimentar el orden visual de los objetos geográficos en el territorio. Los paisajes se construyen socialmente y en ese proceso intervienen factores muy diversos. Muchas veces solamente vemos los paisajes que *deseamos* ver; es decir, aquellos que no cuestionan nuestra idea de paisaje, construida socialmente. Buscamos en el paisaje aquellos modelos estéticos que tenemos en nuestra mente, o que más se aproximan a ellos. Por eso estamos rodeados de paisajes *invisibles* que no vemos, sencillamente, porque no estamos preparados para mirarlos. Son, por ejemplo, los paisajes de los territorios densos, rotos, de los entornos urbanos y metropolitanos que han perdido buena parte de su discurso territorial y de su imaginario paisajístico habitual. Son los paisajes que alternan sin solución de continuidad terrenos intersticiales yermos y abandonados, precarios almacenes, construcciones inacabadas, medianeras a la vista, descampados intermitentes... No es fácil integrar en una lógica discursiva clara y comprensible los territorios rotos y desdibujados de estos paisajes híbridos y de frontera que parecen itinerantes, nómadas, no porque se muevan, sino porque son iterativos, porque se repiten en todas partes. Su difícil legibilidad incrementa su invisibilidad. Es importante remarcar este hecho en unos momentos en los que la sensación de divorcio entre los paisajes que imaginamos y los que vivimos se ha incrementado notablemente. En efecto, el abismo entre los paisajes que contemplamos a diario y los paisajes de referencia transmitidos de generación en generación a través de vías tan diversas como la pintura de paisaje, la fotografía, los libros de texto o los medios de comunicación es cada vez mayor. Asistimos a una especie de crisis de representación entre unos paisajes de referencia que, en algunos casos, se han convertido en auténticos arquetipos, y los paisajes reales, diarios; crisis que está en el origen, precisamente,

de la invisibilidad y falta de legibilidad de muchos paisajes contemporáneos. Buscamos aquellos modelos, aquellos patrones que se ajustan a los que tenemos en nuestro inconsciente colectivo. Por ello, estos paisajes periféricos y fuertemente transformados son invisibles a los ojos de muchos de nosotros.

Y, sin embargo, no hay nada más apasionante que descubrir nuevos paisajes en nuestro propio entorno cotidiano. En palabras de Marcel Proust, “el verdadero viaje de descubrimiento no consiste en buscar nuevos caminos sino en tener nuevos ojos”. Hay que educar la mirada de tal manera que seamos capaces de descubrir nuevas realidades donde todo parecía ya explorado. Creo que eso es, precisamente, lo que ha aprendido Jorge Yeregui a lo largo de su fructífera trayectoria: mirar con otros ojos los paisajes cotidianos. Y su mirada, si bien muy centrada en los paisajes banales que han generado los sistemas de producción y de consumo hegemónicos en estos últimos tiempos, no es apocalíptica, pesimista, catastrofista. Simplemente da fe de ellos y actúa como un notario, lo que refuerza aún más su mensaje.